

Héctor Fuenzalida

## Polo magnético

### I



**H**HADEO contó hasta diez, esperó el impulso de una pendiente producida al borde del cerro, y balbució:

—Buenas noches, Lina.

Y entonces ella volvió el rostro encantadora y falsamente sorprendida, frunciendo interrogativamente las cejas de un modo peculiar y femenino que envolvía una sutil ironía. Era el comienzo. Hacía un momento temía que cualquiera palabra fuese indiscreta y hubiera ahuyentado sus escasas posibilidades. Necesitaba sólo ver de frente sus ojos. Bebió un sorbo. Luego empujó el «cocktail» hasta las heces.

—He esperado un mes este momento. Quería saber si mi presencia le era molesta—añadió casi inmediatamente para obtener una respuesta.

Ella volvió a dirigirle una mirada rápida. Bien le conocía.

—No queda ya otro remedio—repuso fríamente. Había reservado para mí esta mesa...

Efectivamente, el vagón estaba repleto. Y la mesa estaba reservada, sin duda, para ella. Pero él quería confirmar hasta el fin lo que estimaba su pequeña victoria.

—No doy por terminada nuestra experiencia—dijo con un tono afirmativo.—Vamos por un mal camino. Ud. tiene ahora sus presunciones y yo tengo las mías. Busquemos una fórmula de conciliación...

Lina no contestó a estas palabras, sino con un ligero movimiento de hombros, como si se limitara a expresar «al fin y al cabo todo es igual». Después pronunció:

—¿Ud. desea, verdad, que le diga que no se parece a ningún hombre?

—¡Yo deseaba decirle que Ud. no se parece a ninguna mujer!

Ella torció el gesto: «No buscaba esa confidencia»...

Pero esta fría réplica, lejos de atormentarlo, le dió más bríos. Evidentemente, Lina creía como siempre que ella era la más fuerte en experiencia y esto la llenaba ahora de una secreta felicidad.

—Ud. se niega demasiado—le contestó con un tono duro.—No veo que haya nada que temer...

Ella subrayó encolerizada:

—Yo no he buscado ni evitado este encuentro. No le temía. Y agregó después de una pausa: Es Ud. un poco fatuo como todos los hombres de hoy.

«Mala pécora—se dijo Thadeo—¡has leído literatural».

Le vió encender con un aire estudiado un pequeño «bout-doré».

—No quiero darle una lección tampoco—articuló tranquila.—Sabía cuáles eran sus intenciones. No me desagradaban...

Thadeo pensó que si ella hubiera querido dispensar esas palabras en la soledad de una alcoba tendrían el sentido de la oferta tan ansiada. Allí constituían una burla. Lina bosquejaba, mientras tanto algo sobre la mesa con la ceniza que caía de su cigarrillo. Eran unas iniciales.

—Supongo que Ud. habrá pesado ya todas las consecuencias—dijo en un tono en que había una fría amenaza.

—No veo las consecuencias—contestó él serio, herido, aceptando el reto.—Es un encuentro ocasional. Pero, perdóneme que le diga que acaso Ud. y yo, después de tanto tiempo, guardamos una explicación que estamos obstinados en ocultar. Ud. quién sabe por qué temores... ¿Sociales? Yo sólo pensaba no desagradar a Ud. y perder la partida.

A estas palabras ella no respondió. ¿Comprendió que se enfrentaba contra una voluntad ciega en el propósito de dominarla? Con el cigarrillo apretado entre los labios y el estupor de sus ojos fijos, permaneció observando detenidamente al hombre que la había amenazado con sus palabras. El también fijó los ojos en ella,

decididamente, por primera vez. Este diálogo de las fisonomías duró unos largos instantes. Al través del humo azul, Thadeo vió que las facciones eran graves, de un color mate, finas y enérgicas como el filo de un cuchillo. En cambio las suyas, en el espejo, se despedaban. Parecían las de un niño taimado. En la estación, cuando entraba en el vagón, persiguiéndola, creyó ver esta misma mirada fría, de una crueldad siempre alerta para él.

—No creo que existan las consecuencias. Era sólo una broma—dijo ella al cabo de un momento con una mueca, apartando los ojos.

—¿Quería Ud. probar mi temple?

—Quería saber hasta donde se excedía. No puedo conceder importancia a lo que hacíamos. Pero tampoco puedo ocultarle que deseaba ver a un hombre tan obstinado.

—Lina: me agrada que así me califique. Su curiosidad debe estar ya satisfecha. En cambio, la mía empieza sólo ahora.

Y quiso expresarle, en un arranque, lo maravillosamente bella que era de verdad. En realidad, Lina empezaba donde otras terminan irremediablemente. La belleza de las mujeres es hoy en día un reflejo múltiple y pasajero, a la que los sentidos no conceden trascendencia. Su curiosidad, su verdadero deseo, se iniciaba ahora. Se sentía desnudo, como en algunos sueños, descubierto de improviso, con sólo una mirada de ella y

su rostro parecía contraído como el de un mecánico sobre el volante.

—Ud. mencionaba, sin embargo, un encuentro ocasional.

—No puede haberle herido esta expresión. El encuentro ha sido ocasional de verdad...

Y con la voz baja concluyó estas frases tanto tiempo pensadas:

Pero esperaba hallarla. Estaba tranquilo. Creía que Ud. no podría guardarme distancia. Algún día teníamos que hablar así con tranquilidad. Nunca pensé que su matrimonio, realizado tan de prisa, fuese un hecho irremediable.

Pero aquellas últimas palabras en que él aguzó el tono, se confundieron con el ruido del tren que abordaba un puente. Ella le había escuchado, mirándole fijamente como alucinada y mantuvo un buen rato la fijeza de sus ojos. Ahora, muy de noche, no se veía nada afuera. Había que acercar mucho los ojos al cristal para distinguir en la declinación de una ladera, como fantasmas, algunos árboles cercenados por la velocidad; una lucecilla perdida en la sombra, denunciando una vivienda. Después del puente ceñían un bosque de eucaliptos. Pasaron una estación que apenas pudo entrever la ventanilla. Más allá siguió nuevamente el monótono vaivén. Lina se entregaba a esta suavidad. El constataba la belleza de sus facciones: una superficie bruñida habituada a la luz.

Había quedado un poco confuso y avergonzado por el estallido de su confidencia.

—Me agrada viajar—dijo ella de pronto volviendo los ojos a la ventanilla, indicando una pequeña tregua.

—Me agrada hacer este esfuerzo con la vista para mirar la obscuridad.

—¿Ud. es libre ahora, Lina?—le dijo arrepintiéndose en seguida de la necedad de su pregunta.

—¿Libre? Por lo menos...

Y encogió los hombros.

Su respuesta, a pesar de todo, evidenciaba lo que él quería saber, es decir, que no se consideraba libre, o que seguía luchando por su libertad... Y que, probablemente, aquel alemán tozudo, que marchaba con pesada lentitud por las calles, con maletín y pipa, médico homeópata y pedicuro, era el marido.

—Temo la hora que lleguemos... ¿Ud. va dónde?—se atrevió a insinuar.

—No creo que nos encontremos al final—cortó ella casi brutalmente y añadió:—Cuando me senté, creí que iba a tener apetito. ¿Quiere Ud. pedir algo?

Pidieron otro «cocktail» y sorbieron en silencio un poco de veneno.

—Dicen que a esto añaden tintura de jengibre—argumentó ella con una sonrisa.

—Debe ser verdad. La gente empieza así a curar sus males que no ceden. Es la derrota del médico por el b a r m a n .

Ella susurró:

—Mi marido es médico.

Thadeo sintió un vuelco tan espantoso en el pecho como si le hubiera dado una bofetada a mansalva, como si se hubiera roto algo dentro de él. ¿Por qué le sorprendía? ¡Qué necio! ¿No sabía que era casada?... Es que aquellas palabras tenían el valor de una advertencia, vale decir, de una negativa.

Indagó angustiado como un niño sorprendido:

—Su... ¿qué?

—Mi marido es médico—replicó ella con serenidad.

—Es horrible—contestó con un bagido casi cómico, comprendiendo que sus palabras lo llevaban al ridículo.

Y su azoramiento era tal que buscó para tranquilizarse la cartilla del menú. Hizo una pequeña inspección, y en aquel papel no halló nada que le pudiera satisfacer. Tampoco tenía apetito, tampoco podía ya leer. Hubiera querido emborracharse. Le propuso que salieran un momento a la plataforma.

—En la próxima estación cruzamos un tren—dijo mirando el reloj. Llevamos adelante.

Salieron. Alrededor de la vía corrían dos alas de luz. Ella guardaba ahora silencio. Miraba hacia afuera sin ver. Parecía estar sola. Abajo se producía ese ruido tirante—roce de buril que afila—producido por la marcha sobre rieles. Una brisa tirante sacudía sus cabellos.

Thadeo no podía quitarle los ojos. Era mucho más

pequeña de lo que se la representaba en sus recuerdos, no obstante haberle parecido en la calle una mujer esbelta. Ahora que la tenía tan cerca veía que era frágil. Desde arriba seguía en descenso las suaves curvas de su cuerpo, que caían amplificándose en las caderas. Podía abarcarla con sus brazos, resumiría brevemente sobre su cuerpo, podía tocarla, destruirla. Pero ¿qué le sobrecogía? No se atrevía a bosquejar uno de esos ademanes imprevistos y lascivos que tienen algunos hombres expertos para ganarse a una mujer, provocando un leve roce involuntario. Había una pausa en sus músculos, imposibles de dominar, de dirigir. Y lo que le ocurría con sus músculos le sucedía también con la voz. Tampoco podía hablarla. Cuando la invitó a salir creyó que iba a decirle muchas cosas. Ahora todos sus pensamientos se embrollaban.

Ella había cerrado sobre su cuerpo su ligero abrigo que llevaba al brazo, ciñéndolo a sus caderas, levantando el cuello. Fumaba, quería estar sola. Afirmada fuertemente sobre la pasarella hacía palanca con sus pies logrando una rigidez de todos sus miembros. Fumaba con la vista baja. De vez en cuando, levantaba sus ojos para mirar hacia afuera.

En esta actitud permaneció hasta que consumió su cigarrillo. Entonces, solicitó que le diera otro. Cruzaban las agujas, entraban en el desvío. Llegaban a la estacioncilla de cruce. No se veía más que una casa y una empalizada.

El consultó el reloj: las 9 y cuarenta y cinco. Llevaban un cuarto de hora de adelanto.

\* \* \*

El tren que debían cruzar traía además un poco de retraso. Era una estacioncilla, un paradero en la montaña. No había nadie. Allí soplaban el viento a bocanadas intensas, un viento tibio, agradable, aquel viento tanto tiempo esperado. Thadeo empezó a aspirarlo a todo pulmón. Era como un veneno, una droga que refrescaba sus entrañas produciendo una fruición casi angustiosa. Al lado de la casa que servía de guarida al jefe de la estación, se veía un pequeño jardinillo, donde brotaba un fuerte olor a margaritas.

—¡Margaritas!—pronunció suspendiendo la respiración.

Más allá encontraron un banco de piedra. Se sentaron. El tren estaba al otro lado de la vía como una gran masa pesada, recogida, obscura. Nadie les podía ver. Se oía a intervalos entre el resuello de la locomotora, el tenue ruido del campo, humilde, hondo, distante . . .

La obscuridad era perfumada. Debía de haber por allí una huerta y más allá un establo, porque se oía el bramido de una vaca y se insinuaba un vago olor a heno maduro.

—Lina, ¿le gusta esto?

Pero ella había tomado una actitud distante, en un silencio indescifrable. Después de un momento balbució con profundo disgusto:

—No; el campo me causa horror...

El no pudo ver el gesto de desagrado que llenó su rostro. Aquellas palabras quedaron cortadas nuevamente por su mutismo... Thadeo, ya sin mirarla, comenzó a hablar de sí mismo, de sus recuerdos, de su pesadumbre. Le hacía cargos a media voz, mezclando los episodios recientes de su persecución a los de su indiferencia. Pero Lina no parecía oírle; había dejado caer sus espaldas contra el banco. Sus miembros habían tomado una suave laxitud. Su cabeza cayó, cerró los ojos y permaneció callada... Acario consideró el aire perfumado a margarita, a heno en sazón, el aire que venía del confín, como de un invisible bastidor agitado en la sombra; la soledad, la noche, y tomó a la mujer entre sus brazos para besarla. Si ella hubiera opuesto la menor resistencia tal vez hubiera acobardado. Pero Diva no se negó. La besó profundamente dos, tres veces. Sació un poco su pobre deseo tanto tiempo ahogado.

Pero en uno de aquellos besos, ella empezó a sacudir la cabeza negativamente. Había proferido un pequeño gritito. La obscuridad le producía miedo. El la sujetó un momento entre sus brazos, forzándola casi con violencia, balbuciendo palabras apremiantes... Cuando logró ponerse en pie le pareció más alta, con sus cabellos un poco revueltos en la lucha, recuperada, con

el aspecto de provenir de una fuga y con la mirada desencajada... Empezaba a alejarse inesperadamente. Su táctica era finísima, desesperante; pero era también miedo, un miedo un poco animal, casi sin objeto, que no procedía inmediatamente de ellos, sino más bien de la noche.

Y en realidad era también un poco tarde. El había olvidado las circunstancias. Se oía muy próximo el jadeo de otra locomotora. Era como una partida, como una separación, algo muy doloroso.

—Hoy quiero saberlo todo, todo lo que concierne a Ud —le suplicó comprendiendo que quería huir... ¿Dónde, cuándo, hemos de volver a vernos?... ¡Lo necesito!

La vía empezó a llenarse de luz, mucho antes de que el convoy envilara en la estación. Lina sentía un miedo horrible, temía que pudieran llegar tarde y cruzó los rieles fugándose. El corrió para alcanzarla sólo en la plataforma. Empezaba a tenerle rencor. Le reiteró sus pobres preguntas:

—Hoy quiero saberlo todo. ¿Dónde hemos de vernos?...

Lina no contestaba. Movía la cabeza como decepcionada de sí misma. Ese silencio, esa actitud le hería más. De pronto ella dijo con rabia, pateando:

—No hubiera querido que esto se precipitara tanto.

El quiso ser brutal y besarla a tiempo que el tren entraba en la estación con un ruido infernal.

—No; se lo ruego—ordenó.

Sus párpados, sus cejas, se levantaban en un gesto altanero, proyectando sobre su fisonomía una fría máscara.

El balbució inútilmente, decepcionado.

Ud. siempre será una niña caprichosa. Sé que nunca podrá decirme que me ama. Pruebe decirme siquiera que me tolera, que no le disgusto. . . Será un comienzo, se lo aseguro. . .

Era una súplica humilde a la que ella replicó con violencia:

—Ud. ha tenido la culpa de todo. . . Le ruego no darle importancia a lo sucedido. Buenas noches. . .

Permanecieron un momento frente a frente mirándose con fijeza, mientras sus rostros oscilaban con el vaivén creciente de la marcha. Y Thadeo vió que ya sus ojos no le reconocían y que toda ella volvía a distanciarse como una extraña.

## II

¡Era la misma de antes! ¡La misma peleadora infatigable! . . .

Estuvo un largo rato en la plataforma, oyendo distintamente el golpe de sus últimas palabras mezcladas al monótono ajetreo del rodaje. El tren llevaba ahora, a causa de sucesivas curvas, una lenta y fatigosa marcha, sobre una vía muy alta, y a veces se sentía recogerse su abdomen metálico en un estremecimiento epiléptico provocado por los frenos. Iban como a empe-

llones; el paso debía ser difícilísimo. Se perdía por algunos instantes el ruido de la locomotora, para aparecer después muy cercano en la vuelta de una curva.

Thadeo permaneció allí todavía unos largos instantes. Fué sorprendido poco más tarde por un empleado del ferrocarril que le advirtió que inclinaba demasiado su cuerpo sobre la baranda. No lo había apercibido. Estaba como absorto frente al abismo y veía confusamente deslizarse el suelo a vertiginosa marcha. Despertó como de un sopor hipnótico. Cuando volvió en sí se estremeció de pavor. Vió que ya era muy avanzada la noche. Pero no tenía sueño. Podría estar en pie hasta la madrugada.

Entró en el comedor. Al transponer el umbral, estuvo a punto de volver sobre sus pasos para correr tras ella; pero casi inmediatamente después sintió rabia de su cobardía y atravesó precipitadamente el vagón, salió a la plataforma delantera. Necesitaba el aire fresco de la noche. Efectivamente, afuera sintió un ligero bienestar, y por un momento se entregó al placer de seguir la marcha del tren, su angustiosa marcha nocturna, su porfiada busca de la luz del amanecer. En ese instante era lo único que informaba su deseo: el amanecer.

Anduvo hacia adelante, cruzando vagones hasta llegar al furgón de equipaje y permaneció en la plataforma aferrado para no caerse. Iban a una endemoniada velocidad. Pasaron un puente. El agua, muy abajo, se extendía, apenas perceptible, como algo más claro y

flúido dentro de la obscuridad. A la distancia, sobre los cerros, la noche tenía reflejos de alborada. Percibía un suave deajo en el aire cargado de emanaciones serenas y campestres y empezó a sentir que sus manos, afirmadas sobre el frío fierro de la pasarella, se agarrotaban comunicando a todo su cuerpo una rigidez metálica.

Sus sienes se templaban. Le pareció por un momento estar hecho de una materia más densa. ¿Por qué había vuelto? Ahora comprendía que nada podía contra ella.

Apenas pisó tierra firme, junto con abandonar el barco, después de aquellos cinco años de forzada expatriación, lo primero que acudió a su mente fué Lina. Lina con sus collares, sus perros. Lina con su empresa de líos escandalosos y su belleza de e c u y é r e . No lo podía negar: mientras estuvo allá se hizo rico, pero no dejó un día de recordarla. ¿Por qué—si no—hallaba la carne con gusto a cartón piedra, la cerveza desvaída, ácidos y desabridos los vegetales y las frutas provenientes de Lisboa y del Brasil? ¿Por qué—si no—ansiaba saborear las dulces y tiernas manzanas del país, la uva fragante y exquisita, las sandías amoratadas y jugosas?

Si los negocios marcharon bien desde el principio, también y pronto se había hecho al ritmo fastidioso de aquella gente rica, de modesta apariencia durante el día, que disponía de fuertes sumas de dinero y que en la noche vestía el smoking para concurrir a los hoteles. ¡Qué tedio aquellos negocios que se hacían en

libras sobre Liverpool, directamente, con lo cual se centuplicaba la ganancial

Algunos yugoeslavos volvían por un tiempo a su tierra; pero allá ya no se habituaban; tenían la corteza hecha para el frío como el abedul. Habían algunos que montaban su casa como un palacio mecánico y se entretenían en comprar radiolas para oír de Berlín y de Pekín. Un timbre hacía correr tres gallegos de librea. La mayoría de sus colegas iba a pasar una temporada a Europa. Y allí se entretenían en gastar las libras brutalmente. Volvían pobres, reumáticos; el reumatismo les estallaba allá. Traían la alucinación del clima benigno. Ser rico es un deporte del aburrimiento.

A Thadeo empezó a entrarle esta neurastenia. Ver lo que valía en realidad el dinero transbordado a otra latitud. ¡Aburrirse también! ¿Para qué conocer más tierra? Una voz interna lo llamaba hacia los suyos y otra fuerza que venía de la sangre, le alentaba en la perversa idea de verla algún día y vengarse. Al norte, pues, al norte. La palabra le imantaba como una aguja de acero sobre el pibote.

La idea, la menos razonable, es la que decide siempre.

Los socios accedieron a que se ausentara, a condición de que finiquitara un negocio de calzado con una firma alemana en el continente.

—«Mis socios (Yerko y Mirko)—escribió a su casa en un papel con membrete de Liverpool—me ofre

cen la seguridad de mis dividendos. Unas vacaciones me darán la sensación de ser rico»...

Encargó vestuario a Europa y Buenos Aires para llegar bien trapeado y se embarcó en los primeros días de enero enfundado en un trench coat flamante. Quería sentir de nuevo el calor, el calor que es la civilización.

Y cuando bajó en el continente, después de un viaje en que el termómetro subió al treinta sobre cero, frente al espejo del hotel sufría una pequeña desilusión de sí mismo. La ciudad, al fin una ciudad, un puerto con veraneantes, burbujeaba de gente blanca, radiosa, vestida con elegancia; las mujeres parecían más jóvenes, más desenfadadas, más seductoras, sin ese algo triste de las de allá entregadas a un vicio sin clima. Se sentía pesado en el trench coat de Liverpool, que le daba un aspecto de máquina enfundada. Además estaba el rostro muy amoratado, sus carnes se habían esponjado, parecía más grueso, más pesado. Despedía una pestilencia carnal. Era un verdadero yugoeslavo.

Pidió en el hotel mucha fruta. Pidió vino, cerveza. Cerveza, mucha cerveza... Pidió sweaters sin mangas, escotados, zapatones de caucho. Pagaba en libras.

No quería partir inmediatamente antes de haber limpiado el hígado con todas aquellas cosas que tenían sabor a ninfa. Además quería darse el complicado placer de ir volviendo a su pasado, poco a poco, saboreando la tierra, su verdadera tierra. ¡Oh, el calor!

Las primeras gestiones con la compañía alemana

habían fracasado. Fué, en ese sentido, peor venir. En confianza los directores teutones, de poderosas voces y ademanes, exigían más de lo que se podía dar. Se postergaron las conversaciones.

Y fué uno de aquellos días, esperando una solución, cuando de pronto divisó a la mujer en la calle y empezó a perder la tranquilidad. Era una oferta demasiado ostensible de la vida. Ahora estaba rico. Ahora no le importaba si era del caso, hacer un poco el ridículo de pasada. Comenzó a hacerlo. Pero ¿puede estar en ridículo un hombre rico que quiere «pagarse de su gusto»?

No importaba todo el absurdo. Quería vengarse de alguna manera.

Ahora le ofuscaban los recuerdos que se le presentaban nítidos, llenos de detalles, con increíble y perversa nitidez. Lina, la pequeña muchacha voluntariosa, indescriptiblemente mal enseñada, animándole los perros para sacarle de la quinta. Entonces el milanés, su padre, tenía una quinta donde cultivaba una hortaliza y se recibían huéspedes. Era temible por sus impertinencias. Estaba acostumbrada a hacer lo que le daba la gana. Lina, diciéndole que le amaba, mintiéndole que le amaba para desafiar a su padre, viudo y gimoteante, que quería hacerla una cantatriz como su madre... Pero Lina cantaba canciones pueriles y antiguas con una voz endurecida, estridente y gangosa, que contrariaba al b a b b o :

«Su l'altalena no ci voglio andar  
que soffro il mal di mar  
oh, come e bello  
il dondolí, il dondolá, . . . »

A los diez y seis años, larga cuenta de amorcillos y pequeños enredos con los muchachos del vecindario, ya crecidos y voraces. A los veinte, intento de fuga con un estudiante de Medicina que leía a Barbusse.

Su padre veía deshacerse sus ilusiones y sus negocios. A los dieciséis celebraba sus bellacadas y quería casarla, a los veinte, con un rico de la colonia. Pero a esa edad reconoció que la muchacha iba a hacer de las suyas si no la internaba en un colegio. La internó.

De allí huyó con el estudiante de Medicina que leía a Barbusse y que quería hacerla su camarada. Afortunadamente fué rescatada en la estación de ferrocarril, llorando de miedo y de vergüenza. Disminuyeron las ilusiones del babbó, mejor dicho, quedaron saldadas. A los veinticinco, cuando otras están enseñadas, hubo que bloquear sus instintos de libertad con el chauffeur enviándola a casa de unos parientes en otra ciudad. Volvió maltratada, duplicados sus deseos de seguir luchando con el padre.

La conoció Thadeo. Tenía en aquel tiempo el rostro demacrado y la mirada fija de las reclusas. Pero bellísima, con los cabellos de lino y la carnación transparente, llena de luz. Se enamoró de ella en un segundo. En cinco años aun no conseguía olvidarla.

Además ocurrió algo lamentable. Por ese tiempo, el *babbó*, quebró con su pequeño negocio clandestino y vino un día hasta su cuarto de estudiante a invocar su caballerosidad para salvar a la muchacha y poder casarla ventajosamente. El accedió al viejo que, con lágrimas en los ojos, invocaba el nombre de la madre muerta, para enderezar aquel tronco torcido y salvarse de la miseria. Accedió, despedazado, a dejarla, convencido de su insignificancia. Volvería cuando tuviese dinero. ¡Sacrificio estéril!

Lina fué devuelta a la ciudad lejana, donde sus parientes la maltrataban y donde le esperaba un novio viejo. Y no la vió más. Después se casó, sin una explicación. Hasta el último día le escribió para mentirle. La noticia la recibió con estoicismo, pero mortificado... Había quedado burlado sin remedio. El *babbó* empezó a prosperar en los negocios. Si no hubiera tenido terminados sus estudios de Derecho habría sucumbido, de seguro, en ellos.

Y ahora ella no había querido reconocerle.

Si se acercaba le miraba con los ojos azules, limpios, en una forma interrogativa, que lo obligaba a retroceder. Sus ojos estaban allí como unos carceleros. Y no había una señal, no la conocía.

Andaba sola, con el paso resuelto, sin alterarse, sin querer denotar que era perseguida ostensiblemente. Usaba unos trajes muy breves, ligeramente escotados, casi todos con una esclavina. El sombrero minúsculo, llevaba un adorno consistente en un velillo

muy tenue. Tras él los ojos eran un interrogatorio, una barrera. Duros, singulares, ligeramente arqueados, pero bellísimos.

Una tarde que miraba pasar una alegre banda de *yager-korps* intentó, resuelto a abordarla. Pero casi al mismo tiempo vió que se acercaba a ella un personaje alto, con tipo de extranjero, ligeramente curvado de hombros, con unos lentes muy gruesos, que la trataba con cierta obsequiosidad, mimándole como si fuera un pariente. Se informaba de su salud. Luego pareció amonestarla duramente. No pudo entender el resto de la conversación porque ambos hablaban en alemán muy rápidamente. [Se separaron con un frío *auf wieder sehen!*]

El hombre era sin duda el marido. ¡Lina había aprendido el alemán!

Al día siguiente, encontró al sujeto en la calle y le siguió. Marchaba pesadamente con un pequeño maletín y una pipa y le vió entrar en una casa después de observar atentamente la numeración. Supo que era pedicuro y médico homeópata muy considerado. Quedó consternado cuando supo, en seguida, que no alojaba en la misma pensión de ella. Vaciló sobre si era el marido. Finalmente rechazó toda relación con el sujeto.

Las conversaciones con los industriales alemanes habían finalizado también felizmente. Salía de conversar con ellos, cuando supo casi milagrosamente que ella partía. Improvisó el viaje en unos minutos, con el tiempo indispensable para alcanzar el tren.

### III

El frío había comenzado a ser insoportable. Resolvió volver. Cuando de nuevo atravesó el coche comedor ya estaba completamente vacío. Un «stewart» con el paño colocado en la cabeza, a manera de turbante, manejaba un escobillón empapado en petróleo sobre el pergamoid. Las sillas estaban volcadas sobre las mesas.

Sabía que sus esfuerzos para olvidar eran ya inútiles. Sabía que por efecto del simple contacto con la mujer había quedado herido.

Cruzó los fuelles. En los coches camas se veía la agitación provocada por los pasajeros que buscaban una tregua al sueño. Algunos de ellos circulaban por el pasillo, en casaca, chupando un cigarrillo y arrojando el humo por la escotilla entreabierta.

Cuando enfrentó su departamento, comprendió cuán vano había sido su propósito de hacer este viaje con comodidad. ¡Un departamento para él solo! No iba a poder dormir. El recuerdo de la mujer se le hacía obsesionante. Vió la pequeña cama, apenas indispensable para su corpulencia, como un ataúd y retrocedió angustiado.

Sacó un cigarrillo y volvió al pasillo para fumar. Así estuvo largo rato hasta que ya nadie circulaba por el coche. Afirmado en la baranda miraba aburridísimo pasar ligeras sombras fantasmagóricas tras el cristal

que reflejaba la luz interior . . . A veces el tren parecía no hacer ningún ruido, ir silenciosamente sobre la vía, a la caza de algo. No podía ni siquiera conciliar la idea de que tenía que dormir. Resignado a esperar, de pronto, vió que se abría la puerta de un departamento vecino, a sus espaldas. Por el espejo que revestía interiormente esta puerta, vió reflejada la figura de una mujer que le pareció esbelta y que en ese instante anudaba su cabello a la espalda. Aquella mujer vestía una bata de seda que le cubría hasta los tobillos. La puerta se había abierto, sin duda, por un movimiento brusco del tren.

Apenas si tuvo tiempo para reflexionar un momento. Después creyó que le iba a faltar la respiración.

Era ella.

—Lina—susurró con una voz que venía de sus entrañas.

Sintió entonces un brusco impulso. Pero tuvo un segundo para reflexionar y permaneció afirmado en la pasarella, observando en el reflejo nítido que le ofrecía el cristal, los movimientos de la mujer. Permanecía de pie, sin advertir todavía que era observada, frente al pequeño lavabo acondicionando sus largos cabellos. Hubo un momento en que acercó su rostro a la luna y miró el contorno de su perfil, sometiéndolo a un severo juicio. Este movimiento aprovechó Thadeo para escurrirse a lo largo del pasillo y guarecerse. A su lado tenía la puerta que daba entrada a su compartimiento y la entreabrió rápidamente. Cuando volvió a su punto

de observación, vió que Lina encendía su cigarrillo y echaba una mirada de soslayo hacia el fondo del compartimiento, hacia donde, sobre la cama, yacía la obscura y borracha mole de un hombre durmiendo a pierna suelta. No necesitó moverse allí para darse cuenta que era el mismo alemán miope y gigantesco, sindicado de marido.

En su cerebro fulguró rápidamente una idea. Contó los segundos, mientras ella se cruzaba la bata con un movimiento rápido que mostró, un instante, su desnudez casi completa. Estaba desvelada, sin duda, y no se resolvía a dormir como él. Salió al pasillo cerrando la puerta. Pero en ese momento su cigarrillo cayó de sus labios y se encontró, de pronto, transportada sin alcanzar a proferir un grito.

Cuando pudo rehacerse, Thadeo cerraba con el pestillo de la portezuela y lo tenía al frente, tranquilo, dominándola con su estatura. Ella aterrada, comprendió entonces sus intenciones. En su precipitada fuga hacia el interior del compartimiento sus cabellos se habían desordenado y permanecía afirmada ofreciendo a su vista su carne totalmente desnuda.

—¿Por qué me ha engañado?—gritó él con rabia.

—¿Qué pretende hacer Ud. de mí?—preguntó ella con la voz temblorosa, llena de vergüenza.

Thadeo no pudo responderle. Estaba impresionado por el terror implorante de ella. Era la primera vez que la veía vencida. Su único control eran sus ojos fijos y relucientes.

Volvió a repetirle:

—¿Por qué me ha engañado? ¿Por qué me ha engañado? Su marido viaja con Ud. y Ud. lo sabía... Es una burla excesiva.

La tomó brutalmente de los hombros desnudos:

—No le temo a ese pedicuro beodo ¿entiende? Aquí le esperaré si es capaz de venir a buscarla... Por de pronto, sepa Ud. que ahora es imposible tratar de eludir el pago de mi recompensa... y si él intenta venir a rescatarla. Cómo me divertiría si él viniera...

Ella bajó los ojos y respondió avergonzada:

—Puede esperar... El no vendrá...

No, el hombre no se movería de seguro. Dormía, beodo, desde la tarde como una marmota. Ni un descarrilamiento lo sacaría del lecho. Si despertaba, por lo demás, no sabría que estaba con él. Sorprendido por la luz del camarote, la llamaría una o dos veces, estiraría una mano buscando el «bock» permanente a su lado; aspiraría un poco en la botella, eructaría, luego volvería a la sombra de su sueño, creyendo que ella dormía en la litera superior. Y si en la mañana no la encontraba, ya calcularía que ella se había tomado otra licencia. Era libre, horriblemente libre, humillantemente libre. Podía hacer lo que le diese la gana. Con enviarle un telegrama y escribirle una carta cada quincena... ¿Quería que fuesen amantes? Tal vez eso era fácil de hacer. Pero ahora con él, precisamente con él, le era difícil engañarlo. No podía. No sabía como explicar ese escrúpulo antojadizo.

—Yo ya soy otra... y tú, Ud... Vivo sola, viajo sola sin consultar la voluntad de nadie. Es horrible. A mí me da asco como puedo engañarlo. Es un vicio. Cuando despierto de él, a revuelco de arrepentimiento... Pero cuando lo veo de nuevo con el maletín que huele a ácido fénico, me entrego rabiosamente... Soy mala, he llegado a ser muy mala. El se limita a aconsejarme. El es mi doctor...

—Es un pedicuro... También has mentido en eso...

—Es que también lo desprecio por eso... Hizo una mueca de asco. Ahora duerme, siempre duerme... Memoria de calor, de angustia, por eso salí al pasillo... Pensaba en Ud., en nosotros...

—Te mirabas en el espejo de perfil. Estabas igual como antes. Te sentías muy linda.

De pronto la voz de ella cambió:

—¿A dónde va Ud?

Esta pregunta le provocó una gran alegría.

—¡Al norte!—dijo con un bagido. Busco el calor... Te buscaba también a ti... Te veía como en otro mundo desde allá. Me sentía muy abajo. Cuando venía en el barco lo sentía crujir, como en un supremo esfuerzo de alcanzarte a ti, que estabas muy arriba.

—¿Le interesa saber que transbordo al amanecer sola? Hasta este momento Ud. había sido un caballero conmigo.

El estaba demasiado aturdido por la idea de su maldad. Aquella promesa velada, viciosamente resbalada en las últimas sílabas, le exacerbó. Pero le llenaba

también la pasión de su desnudez. Ahora le prometía ir en la misma dirección. ¡Iba al norte! Seguirían ya juntos, hasta... ¿dónde? Esta certidumbre le arrastró a una felicidad animal. El rostro de la mujer parecía agotado ante la idea de que estaba definitivamente a su merced. Pero empezó a brillar con una luz interna. El hablaba ahora a borbotones.

—Hace un mes creí morir con la sospecha de que este hombre era tu marido... Y ahora me alegra, me conforta. ¡Qué comedia! Lo preferiste a él. Así tan pequeño resultaba yo... Es demasiado para un hombre y un caballero...

Sus palabras se aceleraban. Había en ellas una mezcla de rabia y de placer. Lina había cerrado los ojos, parecía dormida.

—Ahora nada se puede remediar... Tengo unos deseos de ver un mar azul, sol reverberante contigo, comer las uvas que ya sazona el otoño contigo... Te he tenido miedo, como antes. Todavía te lo tengo. No sabía cómo acercarme a ti... Trato de vencerme... ¡No grites! Soy ahora un hombre formal. Represento una firma que gira con diez millones. Gano mucho dinero. Tengo compromisos ineludibles para junio, allá en el frío, cerca del polo. Lo que tú sabes: lanas, carnes congeladas, ahora el trust del calzado, otro millón... Pero estoy loco ¿entiendes?, estoy loco. No quiero saber nada de eso. Iremos muy al norte, al norte, siempre al norte; quiero ver trópicos, llegaremos a Panamá, si quieres. Quiero embriagarme, quiero ver sol, el

sol que toca el cerebro, no ese sol que se arrastra por los hielos en ángulo agudo todo el año. ¿Sabes lo que son verdaderamente unas peras dulces, jugosas como almíbar? ¿Sabes lo que es sentir el roce del calor sobre la piel, el sol que quema e irrita, los árboles que maduran y dan sombra, la quietud de un aire sin violencia, como henchido en su seno, y no sentir ese olor nauseabundo de las carnes que se exhala hasta por las papilas de los dedos como una putrefacción de nuestro cuerpo?... ¿Y estar, así, interminablemente, en una noche que tiene, verdaderamente, su perfume, con una mujer que se puede estrechar desnuda, sin correr la doble ventana y encender la estufa?

Tenía el rostro amoratado. La había cogido fuertemente por los hombros. Se detuvo; luego prosiguió con los labios muy cerca de los suyos.

—Es una promesa demasiado feliz.—Se carcajeó.  
—No puedo dejarte. No he pretendido nunca dejarte. Tú has pretendido que siempre podías engañarme. Pero un hombre pesa por su cuerpo... ¿Cómo puedes invocar mi caballerosidad? Ahora lo sabes: nuestra lucha no admitía tregua.

Irguió el rostro y la levantó en sus brazos al borde del lecho.

—No soy ya un caballero. Apenas puedo ser un hombre... Mañana ¿entiendes? seguiremos al norte...